

DAVID LEVITHAN

CHICO CONOCE A CHICO

Traducción del inglés

Teresa Lanero

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Boy Meets Boy*

© de la obra: David Levithan, 2005

© de la traducción: Teresa Lanero, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: abril de 2018

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-35-4

Depósito Legal: M-2853-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Tony
(aunque sólo exista en una canción)

ALLÁ VAMOS

Nueve de la mañana de un sábado de noviembre. Joni, Tony y yo hemos salido por el centro. Tony es del pueblo de al lado y necesita salir. Sus padres son religiosos hasta el extremo. Da igual la religión; llegados a un punto, todas son iguales, y muy pocas aceptan que un chico gay se pasee por ahí con sus amigos un sábado por la noche. De modo que cada semana Tony nos cuenta historias bíblicas y el sábado aparecemos en la puerta de su casa provistos de parábolas y llenos de formalidad para sorprender a sus padres con nuestra deslumbrante pureza. Le sueltan un billete de veinte pavos y le dicen que se divierta con el grupo de estudio. Luego nos gastamos el dinero en comedias románticas, en baratijas de la tienda de todo a un dólar y en las máquinas de discos. Nuestra felicidad es lo más cerca que vamos a estar de un Dios generoso, así que creemos que sus padres lo entenderían si no fueran tan malpensados sobre tantas cosas.

Tony ha de estar en casa a medianoche, se trata de una «operación Cenicenta». Ese es nuestro principal objetivo.

En realidad, en nuestro pueblo no hay un ambiente gay y un ambiente hetero; ambos se mezclaron hace tiempo, cosa que, en mi opinión, es siempre positivo. Antes, cuando estaba en segundo, los chicos gays más mayores que no huían a la gran ciudad tenían que montárselo por su cuenta para divertirse. Pero por suerte eso ha cambiado y ahora la mayoría de los heteros intenta colarse en el bar Queer Beer. Allí hay chicos a quienes les gustan los chicos que ton-tean con chicas a quienes les gustan las chicas. Y tanto si tu corazón es de baile de salón como si es de *punk bluegrass*, las pistas están siempre abiertas para ti.

Así es mi pueblo. Llevo toda la vida aquí.

Esta noche, Zeke, nuestro colega *gaystafari*, actúa en una librería local. Joni, que se sacó el carné de conducir en el estado donde vive su abuela, nos lleva en el sedán familiar. Bajamos las ventanillas y sintonizamos la radio: nos gusta la idea de ir disseminando música por el vecindario para que forme parte del aire. Esta noche Tony tiene un aspecto atroz, así que le dejamos al mando del dial. Sintoniza una cadena de *mope folk* y le preguntamos qué le sucede.

—No sé explicarlo —nos contesta, y entendemos lo que quiere decir. Ese vacío indescriptible.

Tratamos de animarlo invitándolo a una golosina líquida de color azul en la tienda veinticuatro horas. Todos le damos un sorbo para ver a quién se le tiñe más la lengua. Al percatarnos de que saca la lengua al mismo tiempo que los demás, nos damos cuenta de que se va a animar.

Cuando llegamos a la librería de la carretera, Zeke ya está actuando. Ha colocado el escenario en la sección de Historia Europea y de tanto en tanto introduce nombres como «Adriano» y «Copérnico» en medio del conjuro de su rap. Hay muchísima gente. Una niña pequeña que está en la sección Infantil se pone el libro de *El conejo de peluche* sobre los hombros para que vea mejor. Sus madres están detrás de ella agarradas de la mano y moviendo la cabeza al ritmo que marca nuestro amigo. El grupo de los *gaystafaris* se ha plantado en la sección de Jardinería mientras tres miembros heteros del equipo masculino de lacrosse lanzan miraditas a una de las dependientas de la sección de Ficción. Pero ella no parece darse cuenta. Sus gafas son de color caramelo.

Me muevo con facilidad entre la gente repartiendo «holas» sonrientes y saludos con la cabeza. Me encanta este ambiente, esta realidad fluctuante. Soy un aviador solitario que otea la tierra de Novios y Novias. Soy tres notas en medio de una canción.

Joni nos agarra a Tony y a mí y nos lleva a la sección de Autoayuda. Allí ya hay unos cuantos tipos con pinta monacal; varios de ellos tratan de hacer caso omiso de la música para aprender las «Trece formas de ser una persona eficaz». Sé que Joni nos ha traído hasta aquí porque a veces es necesario bailar como un poseso en la sección de Autoayuda de tu librería local. Así que comenzamos a movernos. Tony vacila: él no es muy bailarín. Pero se lo hemos dicho miles de veces; en el verdadero baile da igual cómo lo hagas, lo importante es lo feliz que te sientas.

La cadencia de Zeke es contagiosa. La gente tararea y se apiña. Los libros en las estanterías se ven como un caleidoscopio: hileras de colores que giran con la borrosidad efímera de las palabras.

Me balanceo. Canto. Me elevo. Mis amigos están a mi lado mientras Zeke habla de los hugonotes en su melodía. Doy vueltas y tiro unos cuantos libros. Cuando la canción termina, me agacho a recogerlos. Una vez en el suelo, me encuentro cara a cara con un par de zapatillas muy modernas.

—¿Esto es tuyo? —pregunta una voz por encima de las deportivas. Levanto la vista. Y allí está él.

Su pelo apunta en diez direcciones distintas. Tiene los ojos un poco juntos, pero tío, son verdes. En el cuello luce una pequeña mancha de nacimiento en forma de coma.

Pienso que es maravilloso.

Me está dando un libro, *Las migrañas sólo están en tu mente*.

Soy consciente de mi respiración. Soy consciente de los latidos de mi corazón. Soy consciente de que llevo la camisa medio por fuera del pantalón. Agarro el ejemplar y le doy las gracias. Lo vuelvo a colocar en la estantería. En estos momentos no hay autoayuda que pueda ayudarme.

—¿Conoces a Zeke? —inquiero con un ligero movimiento de cabeza hacia el escenario.

—No —responde el chico—. Sólo he venido a buscar un libro.

—Me llamo Paul.

—Y yo Noah.

Me estrecha la mano. Le estoy tocando.

Noto que Joni y Tony se mantienen a una curiosa distancia.

—¿Tú sí conoces a Zeke? —me pregunta Noah—. Sus temas son magníficos.

Le doy vueltas en la cabeza al término «magnífico». Da gusto oírlo.

—Sí, vamos juntos clase —digo con aire despreocupado.

—¿A secundaria?

—Exacto. —Ahora miro hacia abajo; tiene unas manos perfectas.

—Yo también voy a secundaria.

—Ah, ¿sí? —Es increíble que nunca lo haya visto por allí. Si lo hubiera hecho, me habría quedado con su cara.

—Desde hace dos semanas. ¿Estás en el último curso?

Bajo la vista hacia mis zapatillas Keds.

—Estoy en segundo.

—Guay.

Ahora temo que me esté siguiendo la corriente. Estar en segundo no tiene nada de guay. Eso lo saben hasta los nuevos.

—¿Noah? —interrumpe una voz apremiante e impaciente. Aparece una chica tras él. Está vestida con una combinación letal de colores pastel. Es joven, pero por su aspecto podría ser una azafata de teletienda.

—Es mi hermana —explica, para alivio mío. Ella se aleja con paso parsimonioso. Está claro que él debería seguirla.

Vacilamos durante un instante. Un colofón momentáneo de lamento. Luego se despide:

—Ya nos veremos por ahí.

Me dan ganas de responder que eso espero, pero de pronto temo ser demasiado lanzado. Soy capaz de coquetear con cualquiera siempre que no me importe.

Pero este me importa.

—Nos vemos —contesto. Se marcha mientras Zeke comienza un nuevo tema. Cuando llega a la puerta, se da la vuelta para mirarme y sonrío. Siento que me ruborizo.

Ya no puedo moverme. Es difícil seguir el ritmo cuando algo te ronda la cabeza. A veces te sirves del baile para evadirte de algún pensamiento.

Pero de este pensamiento no quiero evadirme.

Quiero mantenerlo.

—Entonces, ¿dónde crees que se sienta, en el lado del novio o en el de la novia? —pregunta Joni después del concierto.

—Creo que hoy en día da igual dónde te sientes —respondo.

Zeke está recogiendo su equipo. Estamos apoyados en la parte delantera de su furgoneta Volkswagen y entornamos los ojos para convertir las farolas en estrellas.

—Creo que le gustas —dice Joni.

—Joni —protesto—, también pensabas que le gustaba a Wes Travers y lo único que quería era copiar mis trabajos de clase.

—Pero este es distinto. Se ha pasado todo el concierto en Arte y Arquitectura. Luego se fijó en ti y se acercó como quien no quiere la cosa, pero lo que buscaba no era Autoayuda.

Miro el reloj.

—Casi es hora de convertirse en calabaza. ¿Dónde está Tony?

Lo vemos un poco más lejos, tumbado en medio de la calle en una isleta patrocinada por el Club Kiwanis de la localidad.

Tiene los ojos cerrados. Está escuchando la música del tráfico que pasa cerca.

Salto la mediana y le digo que el grupo de estudio está a punto de acabar.

—Lo sé —contesta, mirando al cielo. Luego, mientras se pone de pie, añade—: Me gusta estar aquí.

Me dan ganas de preguntarle: ¿Dónde? ¿En la isleta, en el pueblo, en el mundo? En esta vida extraña, lo que quiero por encima de todo es que Tony sea feliz. Hace mucho tiempo que sabemos que no estábamos predestinados a enamorarnos, pero una parte de mí sigue ilusionándose por él. Quiero un mundo justo. Y en un mundo justo, Tony brillaría.

Podría decírselo, pero él no lo aceptaría. Dejaría mis palabras aquí en vez de llevárselas consigo bien dobladas sólo para saber que están ahí.

Todos necesitamos un lugar. Yo tengo el mío: este revoltijo de amigos, canciones, actividades extraescolares y sueños. Y quiero que él también tenga el suyo. Cuando dice «Me gusta esto», no quiero que haya un trasfondo de tristeza. Quiero ser capaz de contestarle: «Pues quédate».

Sin embargo, me callo porque la noche se ha vuelto silenciosa y Tony está regresando al aparcamiento.

—¿Qué es un Kiwanis? —grita sin darse la vuelta.

Le respondo que parece un nombre de pájaro. Un pájaro de algún lugar muy, muy lejano.

—Hola, Chico Gay. Hola, Tony. Hola, Chica Folk.

No necesito levantar la vista del suelo.

—Hola, Ted —saludo.

Se ha acercado justo cuando nos íbamos. Es como si oyera a los padres de Tony a kilómetros de distancia terminando de rezar sus oraciones de la tarde; ya estarán esperándonos. El coche de Ted nos impide salir, aunque no lo hace con mala intención. Es más bien por despiste. Es el rey del despiste.

—Estás en medio —señala Joni desde el asiento del conductor. Más que enfadada, parece hastiada.

—Estás muy guapa esta noche —comenta él.

Ted y Joni han roto doce veces en los últimos años, lo que significa que han vuelto a estar juntos once veces. Siempre tengo la sensación de que estamos al borde del precipicio de la Reconciliación Número Doce.

Ted es listo y guapo, pero no aprovecha bien esas virtudes, como alguien rico que nunca dona dinero. Su mundo rara vez se expande fuera de los límites del espejo más cercano. Incluso estando en décimo curso, le gusta creer que es el rey del colegio. No se ha parado a pensar que lo que tenemos allí es una república.

El problema es que no es una pérdida absoluta. De cuando en cuando, desde las tinieblas de su egocentrismo, hace algún comentario tan revelador y clarividente que provoca admiración. Eso a veces le hace tener éxito. En especial con Joni.

—En serio —añade ella en un tono más relajado—, tenemos que irnos.

—¿Se os han acabado los capítulos y los versículos del grupo de estudio? «Oh, señor, aunque pase por tu valle tenebroso de dudas, al menos déjame llevar un *walkman*...».

—El señor es mi DJ —añade Tony con solemnidad—, nada me falta.

—Tony, te juro que algún día te liberaremos. —Ted golpea el capó de su coche para enfatizar esa última frase y Tony le dedica un saludo. Ted retira el coche y nos ponemos en marcha.

El reloj de Joni marca las 00:48, pero estamos tranquilos porque está adelantado desde que cambiaron la hora después del verano. Nos internamos en la oscuridad absoluta y la radio se vuelve más tranquila a medida que se acerca la hora de dormir.

Noah es un recuerdo borroso en mi cabeza. Estoy perdiendo el rastro de ese nerviosismo que me ha provocado, el vértigo se difumina en este aire lánguido y se transforma en una sensación de bienestar difuso y misterioso.

—¿Cómo es posible que no lo haya visto antes? —pregunto.

—A lo mejor estabas esperando el momento adecuado para fijarte en él —contesta Tony.

Puede que tenga razón.

PAUL ES GAY

Siempre he sabido que era gay, pero no se confirmó hasta que fui a educación infantil.

Fue mi profesora quien lo dijo. Lo puso en mi ficha académica: «Paul es indudablemente gay y tiene mucha autoestima».

Lo vi un día en su mesa, antes de la hora de la siesta. Y debo admitirlo: si la señora Benchly no lo hubiera escrito, es posible que no me hubiera dado cuenta de que era distinto a los demás. En serio, yo tenía cinco años. Daba por hecho que los chicos se sentían atraídos por otros chicos. O, si no, ¿por qué pasaban tanto tiempo juntos jugando en equipo y burlándose de las niñas? Suponía que era porque se gustaban. Todavía no me quedaba muy claro qué pintaban las niñas en todo esto, pero pensaba que lo de los niños lo tenía controlado.

Imagina mi sorpresa al enterarme de que no estaba del todo en lo cierto. Imagina mi sorpresa cuando repasé las demás fichas académicas y me di cuenta de que ningún otro había sido calificado

como «indudablemente gay». (Aunque, a decir verdad, tampoco decía que ningún otro tuviera «mucho autoestima»). La señora Benchly me pilló en su mesa y pareció alarmarse mucho. Como yo me sentía bastante confuso, le pedí que me lo aclarase.

—¿Soy indudablemente gay? —pregunté.

Ella me miró y asintió.

—¿Qué es gay? —pregunté.

—Es cuando a un niño le gustan otros niños —explicó.

Señalé hacia el suelo del rincón de pintar, donde Greg Easton se estaba peleando con Ted Halpern.

—¿Y Greg es gay?

—No —contestó—. Al menos por ahora.

Interesante. Me parecía todo interesantísimo.

La señora Benchly me explicó algo más: toda la historia relativa a los chicos y las chicas; no me enteré muy bien. Me preguntó si me había dado cuenta de que la mayoría de los matrimonios estaban formados por un hombre y una mujer. En realidad, nunca había relacionado los matrimonios con el hecho de gustarse. Daba por sentado que ese acuerdo entre el hombre y la mujer no era más que otra rareza de los adultos, como la de pasarse el hilo dental. Pero lo que la señora Benchly me estaba contando era mucho más trascendental, era una especie de conspiración global absurda.

—Pero yo no me siento así —protesté. En ese momento estaba distraído porque Ted le estaba tirando de la camisa a Greg Easton y parecía algo muy guay—. Lo que yo siento está bien, ¿verdad?

—Para ti, sí —me aseguró—. Lo que sientes está absolutamente bien para ti. Recuérdalo siempre.

Y eso he hecho. Más o menos.

Aquella noche, me guardé la gran noticia hasta que acabaron mis dibujos favoritos de Nickelodeon. Mi padre estaba en la cocina lavando los platos. Mi madre se encontraba conmigo en el cuarto de estar leyendo en el sofá. Sin hacer ruido, me acerqué a ella.

—¿SABES QUÉ? —grité. Ella se sobresaltó, pero fingió no haberse sorprendido. Como no cerró el libro (sólo marcó la página con el dedo), sabía que no disponía de mucho tiempo.

—Qué —dijo.

—¡Soy gay!

Los padres nunca reaccionan de la forma en que uno quiere. Pensé que por lo menos mi madre sacaría el dedo del libro. Pero no. En vez de eso, volvió la cabeza hacia la cocina y le soltó a mi padre:

—¡Cielo! ¡Paul ha aprendido una palabra nueva!

Les costó un par de años, pero al final se acostumbraron.

Aparte de a mis padres, a quien primero se lo conté fue a Joni.

Fue en segundo.

Estábamos debajo de la cama porque ella había venido a jugar y ese era, con diferencia, el lugar más guay de la casa. Teníamos linter-

nas y nos contábamos historias de miedo mientras en la calle rugía un cortacésped que para nosotros era la Parca. Estábamos jugando a nuestro juego favorito: evitar la muerte.

—Y si una serpiente venenosa te muerde el brazo izquierdo, ¿qué haces? —inquirió Joni.

—Intento succionar el veneno.

—Pero eso no funciona porque el veneno ya se te ha extendido por el brazo.

—Saco la espada y me corto el brazo.

—Pero, si te cortas el brazo, te mueres desangrado.

—Entonces me quito la camiseta y la enrolló en el muñón para detener la hemorragia.

—Pero luego un buitre huele la sangre y se lanza en picado contra ti.

—Entonces utilizo el brazo derecho para recoger del suelo el brazo izquierdo que me acabo de cortar y lo uso para espantar al buitre.

—Pero...

Joni se rindió. Al principio pensé que se había quedado sin respuesta. Luego se inclinó sobre mí y cerró los ojos. Olía a chicle y a grasa de bicicleta. Antes de darme cuenta, sus labios se acercaron a los míos. Me quedé tan alucinado que intenté levantarme, pero, como estábamos debajo de la cama, me golpeé contra el somier.

Después ella abrió mucho los ojos.

—¿Qué haces? —gritamos los dos al mismo tiempo.

—¿No te gusto? —preguntó, herida.

—Sí, me gustas —contesté—. Pero, en fin, soy gay.

—Ah. Guay. Perdona.

—No pasa nada.

Hubo un silencio y luego prosiguió:

—Pero el buitre te arrebató el brazo izquierdo de la mano y comienza a golpearte con él...

En ese momento supe que seríamos amigos durante mucho tiempo.

Con la ayuda de Joni, me convertí en el primer delegado gay reconocido de la clase de Historia de la señora Farquar, en tercero.

Joni fue mi jefa de campaña. Fue ella quien ideó el eslogan: «VÓTAME... ¡SOY GAY!».

Pensé que ese lema simplificaba demasiado mi posición frente a los temas de importancia (a favor del recreo y en contra de la clase de Gimnasia), pero me aseguró que generaría atención mediática. Al principio propuso que el eslogan fuera «VÓTAME... SOY UN CHICO GAY», pero le señalé que así parecía que pusiera: «VÓTAME... SOY UN CHICO GUAY», lo que sin duda me restaría votos. Así que quitamos lo del chico y la campaña comenzó en serio.

Mi rival más importante (siento decirlo) era Ted Halpern. Su primer lema fue «VÓTAME... NO SOY GAY», pero quedaba muy soso, así que probó con «NO PUEDES VOTARLO... ES GAY», lo cual era bas-

tante estúpido porque a nadie le gusta que le digan a quién puede (o no puede) votar. Al final, días antes de las elecciones, recurrió a la frase «NO VOTES AL MARICA». ¿Hola? Joni amenazó con darle una paliza, pero yo sabía que ese eslogan jugaría a nuestro favor. En la votación, él se llevó el apoyo de los cabezas de chorlito, mientras que nosotros conseguimos el de los chicos más abiertos, el de las chicas, el de los gays que aún no habían salido del armario y el de los enemigos de Ted. La victoria fue rotunda y, de todos modos, Joni le dio una paliza.

Al día siguiente, durante el almuerzo, Cody O'Brien me dio dos pastelitos Twinkie a cambio de una caja de pasas, un trato claramente ventajoso para mí. Y un día después fui yo quien le dio tres pastelitos Yodel a cambio de una galleta Fig Newton.

Fue mi primer coqueteo.

Cody era mi acompañante en el baile semiformal de quinto. O eso se suponía. Pero, dos días antes de la gran fiesta, nos peleamos por un cartucho de la Nintendo que le había prestado y él me había perdido. Sé que no era algo tan importante como para romper, pero la forma en que se lo tomó («¡Falso! ¡Mentiroso!») daba muestra de problemas más graves. Por suerte, nos separamos de forma amistosa. Se suponía que Joni era mi acompañante de repuesto, pero me sorprendió diciéndome que iría con Ted. Me juró que él había cambiado.

Eso también daba muestra de problemas más graves, pero por entonces era imposible saberlo.

En sexto, Cody, Joni, una lesbiana de cuarto llamada Laura y yo creamos la primera alianza gay-hetero del colegio. Para ser sincero, echamos un vistazo a nuestro alrededor y decidimos que los chicos hetero necesitaban nuestra ayuda. Para empezar, todos iban vestidos igual. Además, y eso era más serio, bailaban fatal. La pista de nuestra fiesta semiformal iba a parecer un criadero de pavos el día antes de Acción de Gracias. Era inaceptable.

Por suerte, el director era una persona cooperativa y nos permitía poner un minuto o dos de «I Will Survive» y de «Bizarre Love Triangle» por las mañanas después de leer el juramento a la bandera de Estados Unidos. Los miembros de la alianza gay-hetero pronto sobrepasaron en número a los del equipo de fútbol americano (aunque algunos pertenecían a ambos). Ted se negó a unirse al grupo, pero no pudo evitar que Joni se inscribiera a las clases de swing que ofrecía la alianza dos veces por semana en el recreo.

Dado que por entonces yo no tenía pareja y empezaba a sentir que ya conocía a todos los que había que conocer en el colegio, solía escabullirme durante los recreos con Laura a la sala de Audiovisuales para ver películas de Audrey Hepburn hasta que sonaba el timbre y nos devolvía a la realidad.

En octavo, dos miembros del equipo de lucha del instituto me atacaron después de la proyección nocturna de *Priscilla, reina del desierto* en el cine local. Al principio pensé que se trataba de algún juegucito extraño, pero luego me di cuenta de que los gruñidos que proferían en realidad eran insultos: marica, mariposón... Lo típico. No estaba dispuesto a tolerar que unos extraños me agredieran verbalmente; la única que podía hablarme de ese modo era Joni. Por suerte, había ido al cine con unos cuantos de mis amigos del equipo de esgrima, que desenfundaron sus floretes y desarmaron a aquellos mentecatos. Hace poco me contaron que uno de ellos es ahora *drag queen* en Columbus, Ohio. Me gusta pensar que yo tuve algo que ver en eso.

Me daba cuenta de que la fama acarreaba reacciones negativas, por lo que debía andarme con cuidado. Tenía una columna en el periódico local sobre comida gay, «Salir a cenar», de relativo éxito. Rechacé numerosas ofertas para ser candidato a presidente del consejo de estudiantes porque sabía que interferiría en mi labor de director del musical escolar (no os aburriré con los detalles, sólo diré que el papel de Cody O'Brien como Tía Mame fue memorable).

En definitiva, mi vida en la escuela secundaria fue bastante divertida. Aunque tampoco es que tuviera nada de extraordinario: una concatenación normal de enamoramientos, confusiones y emociones intensas.

Entonces conozco a Noah y las cosas se complican. Lo percibo de inmediato al volver a casa en coche tras la actuación de Zeke. De pronto, me siento más complicado.

No en el mal sentido.

Pero complicado.

EL DILEMA DE LA REINA DE LA FIESTA

El lunes lo busco por los pasillos. Ojalá él también me esté buscando.

Joni me promete que hará de espía en nuestro equipo. Temo que asuma la tarea con demasiado entusiasmo y que me traiga a Noah arrastrándolo de la oreja si se topa con él.

Pero el encuentro no se produce. Por más que me alejo de las conversaciones de los pasillos, no doy con él. Todo está inundado de carteles de la fiesta de antiguos alumnos y de notas sobre los cotilleos del fin de semana. La gente está eufórica. Busco a Noah como quien espera un remanso de paz.

Pero, en vez de eso, me tropiezo con Darlene Infinita o, mejor dicho, ella se tropieza conmigo. A las ocho de la mañana, pocas cosas impresionan más que un jugador de fútbol americano de casi dos metros de altura corriendo por los pasillos ataviado con tacones y una llamativa peluca roja, y maquillado de un modo más que aceptable. Si no estuviera acostumbrado ya, me quedaría petrificado.

—¡Ay, qué alegría encontrarte! —exclama como si fuera Escarlata O'Hara interpretada por Clark Gable—. ¡Menudo follón!

No sé cuándo empezamos Darlene Infinita y yo a ser amigos. Tal vez cuando ella aún era Daryl Heisenberg, aunque es poco probable; casi nadie recuerda cómo era Daryl Heisenberg, ya que Darlene Infinita lo consumió por completo. Antes era un recatado jugador de fútbol, aunque ni por asomo tan bueno cómo cuando empezó a llevar pestañas postizas.

Para ella las cosas no son fáciles. Ser a la vez el *quarterback* estrella del equipo y la reina de la fiesta tiene sus contradicciones. Y para ella a veces es complicado encajarlo. Las *drag queens* del colegio no suelen sentarse con ella para comer; afirman que no se cuida bien las uñas y que está demasiado musculosa para ponerse camisetas sin mangas. Los futbolistas la aceptan un poco más, a pesar de que hace un año hubo un problemilla cuando Chuck, el *quarterback* suplente, se enamoró de ella y se deprimió cuando Darlene Infinita le dijo que no era su tipo.

No me preocupo cuando me suelta cosas como «Menudo follón». Para ella todo es siempre un follón; si no fuera así, apenas tendría algo de lo que hablar.

Sin embargo, esta vez se trata de un verdadero dilema.

—El entrenador Ginsburg me va a volver loco —afirma—. Esta tarde es el desfile para la fiesta de antiguos alumnos. Quiere que participe con el resto de los jugadores, pero como reina de la fiesta se supone que también tengo que presentar al equipo. Si no lo hago, mi

tiara quedará en entredicho y Trilby Pope ocuparía mi lugar, lo cual sería horrible, horrible, horrible. Sus tetas son más falsas que las mías.

—¿Crees que Trilby Pope caería tan bajo? —pregunto.

—¿Todavía no sabes que es una arpía? Por supuesto que caería tan bajo. Y tendría problemas muy graves cuando volviera a levantarse.

Por lo general, Darlene Infinita actúa como si estuviera en un concurso perpetuo de Miss Simpatía. Aunque Trilby Pope es su punto débil. Antes eran buenas amigas, capaces de convertir un suceso de una hora en tres horas de conversación, pero Trilby cayó en manos del equipo de hockey sobre hierba. Intentó convencer a Darlene Infinita para que ella también se uniera, pero coincidía con la temporada de fútbol americano, de modo que cada una se enfrascó en deportes y grupos de amigos diferentes. Trilby comenzó a llevar estampados de cuadros, algo que Darlene Infinita despreciaba, y empezó a irse con los chicos de rugby. La situación se volvió muy tensa. Al final se pelearon: un intercambio acalorado de notitas en clase, dobladas en forma de artillería. También se volvían la cara con mucho teatro cuando se cruzaban por el pasillo. Trilby aún tiene algunos de los accesorios que solía intercambiarse con Darlene Infinita, y Darlene Infinita le dice a todo el mundo (excepto a Trilby) que se los tiene que devolver.

Empiezo a desviar la atención de la conversación. Sigo explorando los pasillos en busca de Noah, aunque sé muy bien que, si lo veo, lo más probable es que, rojo como un tomate, me escabulla por la puerta más próxima.

—Y digo yo —dice ella—, ¿por qué estás tan distraído?

Es aquí donde pongo el límite a nuestra amistad porque, aunque Darlene Infinita se siente a gusto contándomelo todo, yo temo que, si le cuento algo íntimo, dejará de ser personal y pasará a ser de todo el colegio.

—Estoy buscando a una persona —contesto de forma evasiva.

—Pues como todos... —responde con un aire vampírico y triste. Cuando creo que estoy a salvo, añade—: ¿Se trata de alguien especial?

—Nada importante. —Cruzo los dedos. Rezo para que sí sea importante, le rezo a la Gran Diosa Lesbiana Que No Existe: «No pido mucho, te lo juro. Pero me encantaría que Noah fuera todo lo que espero que sea. Por favor, permite que sea alguien con quien me encuentre a gusto y que él también quiera sentirse a gusto conmigo».

Con mi evasiva, Darlene Infinita regresa a su dilema. Le sugiero que podría desfilarse junto al resto del equipo de fútbol americano con su atuendo de reina de la fiesta. Me parece una buena solución.

Darlene Infinita asiente con la cabeza. De pronto, ve algo justo detrás de mí y pone cara de enfado.

—No mires ahora —susurra.

Como es obvio, me doy la vuelta. Y veo a Kyle Kimball, que se aleja de mí como si al mirarlo le fuera a contagiar la peste bubónica.

Kyle es el único chico hetero al que he besado (aunque por aquel entonces él no sabía que era hetero). El año pasado, en noveno, salimos durante varias semanas. Es el único ex con quien no me hablo.

A veces tengo la impresión de que me odia. Es una sensación muy extraña. No estoy acostumbrado a que me odien.

—Ya aprenderá —asegura Darlene Infinita mientras Kyle se mete en un aula. Lleva un año entero repitiendo eso de que ya aprenderá, pero no concreta de quién. Aún me pregunto si será de mí.

En ocasiones, tras algunas rupturas, en lo único que piensas es en lo mal que ha acabado la relación y en el daño que la otra persona te ha hecho. Tras otras, en cambio, sientes nostalgia por los buenos tiempos y pierdes la noción de lo que fue mal. Cuando pienso en Kyle, se mezclan ambas cosas. Veo su cara extasiada reflejada en la luz de una pantalla de cine parpadeante, le paso una nota y la convierte en confeti sin leerla. Me agarra la mano por primera vez de camino a clase de Matemáticas, me llama mentiroso y pringado. Me doy cuenta de que le gusto porque lo veo merodeando cerca de mi taquilla antes de que yo llegue; me doy cuenta de que ya no le gusto cuando voy a devolverle un libro que le pedí prestado y él se aparta bruscamente de forma instintiva.

Dijo que le había engañado. Se lo dijo a todo el mundo.

Sólo le creyeron unos cuantos. Pero lo que a mí me importaba no era lo que ellos pensarán, sino lo que pensaba él. Y si de verdad creía esas cosas.

—Es lo peor —declara Darlene Infinita. Pero incluso ella sabe que eso no es verdad. Ni por asomo.

Siempre que veo a Kyle se baja el volumen de mi banda sonora. Ahora he dejado de flotar en la nube de Noah.

Darlene Infinita trata de animarme.

—Tengo chocolate —anuncia mientras introduce su enorme mano en el bolso para sacar una chocolatina Milky Way.

Estoy sorbiendo el caramelo y la crema de almendras cuando aparece Joni con las últimas noticias de la Operación Noah. Por desgracia, son las mismas que las cinco últimas veces.

—He sido incapaz de encontrarlo —se lamenta—. He hablado con gente que sabe quién es, pero nadie parece tener ni idea de dónde está. Chuck me ha estado ayudando hace un rato y dice que es del grupillo de los cultuertas. Viniendo de Chuck, eso no es un piropo precisamente, pero al menos me ha dado una pista para seguir buscando. He mirado en la pared de fuera del aula de Arte y he encontrado una foto que él hizo. Chuck me ayudó a cogerla.

En realidad, no me preocupa el robo de Joni, ya que es muy habitual que quitemos cosas de las paredes y las volvamos a poner, sino lo que mi sistema de seguridad interno capta: el número de veces que Joni ha mencionado a Chuck. Antes, cuando volvía a nombrar a Ted, era señal de que había arreglado su relación con él. El hecho de que ahora suceda lo mismo con Chuck me inquieta.

Joni saca de su mochila una pequeña fotografía. El marco es del color de las gafas de Buddy Holly y su efecto es en gran parte el mismo.

—Tienes que mirarla de cerca —me indica.

Levanto la foto a la altura de los ojos, sin prestar atención a mi reflejo para ver lo que se esconde detrás. Al principio, veo a un hombre en una silla al fondo de la imagen. Tiene la edad de mi abuelo, está sentado en una vieja mecedora de madera y parece que

se parte de risa. Entonces me doy cuenta de que está en una habitación llena de domos de nieve. Debe de haber cientos —tal vez miles— de bolas de plástico, cada una con su escenario nebuloso. Los hay por todo el suelo, en los aparadores, en las estanterías, en la mesa donde el hombre apoya el brazo.

Es una fotografía estupenda.

—No puedes quedártela —dice Joni.

—Lo sé, lo sé.

La miro durante un minuto más y luego se la devuelvo.

Darlene Infinita ha estado callada durante toda la conversación, pero está a punto de explotar de curiosidad.

—Se trata sólo de un chico —la informo.

—Cuéntamelo todo —insiste.

Lo hago. Se lo cuento.

Y mientras hablo sé que no «se trata sólo de un chico». Hubo algo en los dos minutos que estuvimos juntos que podría durar años. Al contárselo a Darlene Infinita, no sólo siento que me estoy pres-tando al cotilleo.

No, siento que estoy poniendo en juego todo mi corazón.

SIGUE LEYENDO

CHICO CONOCE A CHICO

DAVID LEVITHAN

«Un libro luminosamente
reivindicativo y esperanzador».
The Bulletin

CHICO CONOCE A CHICO DAVID LEVITHAN

Traducción de
Teresa Lanero

Me doy cuenta de la esperanza y la expectación que hay en sus ojos, del deseo de que yo comprenda con exactitud lo que dice. Y, hasta cierto punto, lo comprendo bien. Me recuerda a la época de Kyle, aunque en realidad nuestra historia no fue así. Kyle fue sin duda injusto y sin duda cruel, pero sus intenciones eran más confusas, menos deliberadas. O eso quiero creer. Le hablo un poco de Kyle y de algunos de mis otros chicos desastrosos. Historias divertidas, más que dolorosas. La cita a ciegas en séptimo con aquel chico que se metía la camisa por debajo de la ropa interior y los pantalones por dentro de los calcetines por que así se sentía «más seguro». El chico del campamento que soltaba una Pisita boba cada vez que yo utilizaba un adverbio. El estudiante de intercambio finlandés que quería que yo fingiera ser Molly Ringwald cada vez que saltamos juntos. Al compartir estas historias, hay un acuerdo tácito: podemos hablar de citas malas y de novios malos porque esta no es una cita mala y nosotros no seremos novios malos. Olvidamos que muchas de nuestras anteriores relaciones empezaron de este mismo modo (es el caso de Kyle y con mucha probabilidad también el de Pitt). Esbozamos a lápiz nuestras vidas previas para compararlas con el Technicolor del momento. Así es como anunciamos un principio. Hablamos del colegio y de los otros chicos del pueblo. Hablo de mi hermano, y él, de su hermana. Un rato después tenemos las piernas cansadas y nos quedan pocos lugares del estanque que recorrer. Así que dejamos de pedalear y nos abandonamos al movimiento del agua. Estiramos las piernas y nos acomodamos en los asientos. Paso el brazo por detrás de sus hombros y él hace lo mismo. Cerramos los ojos y sentimos el sol que brilla en nuestros rostros. Abro los ojos primero y estudio la curva de su mandíbula, la suavidad de sus mejillas, la caprichosa disposición de su cabello. Al acercarme más, imprimo sobre él la marca de mi sombra. Por una vez, pero es un beso largo. Este también es un modo de anunciar un principio. Empezamos el camino hacia... donde el vaquero nos hace la posta de combustible por haber estado en... Mientras cruzamos el río... Vemos a más gente, la mayoría asiduos del lugar. La Reina Vieja, sentada en su banco

ISBN: 978-84-16858-35-4 | PVP: 14,50 € | A la venta: 16-4-2018

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com